

«trotskysmo», en la segunda, basado en que cada país debía tener un comunismo propio, adaptado a sus peculiares necesidades y posibilidades, sin ajustarse a un patrón común.

La táctica comunista, desde un principio, ha sido la de atraerse a las clases proletarias, prometiéndoles un «paraíso», en el que los obreros gozarían de absoluta libertad y posesión de bienes, que previamente serían expropiados a sus señores. Y huyendo del dominio capitalista, han venido a caer en una dictadura más inhumana todavía, que convierte al obrero en una pieza, un tornillo, de la gigantesca maquinaria revolucionaria.

Terminada la segunda guerra mundial, cuyo origen fué más bien de índole económica que ideológica, nos encontramos a la humanidad dividida en dos bloques o zonas de influencia, ya establecidos en Yalta y Teherán, cuyos países rectores son Estados Unidos y Rusia. Capitalismo y comunismo, frente a frente. Con hábil política, pactos engañosos y audaces conquistas, Rusia llega a dominar casi medio planeta, hoy enrojecido por el signo nefasto de la hoz y el martillo. Medio mundo, tras el silencio impenetrable de sus «telones», trabaja y prepara su revolución. El hombre se apresta allí a luchar para dejar de ser hombre: quiere ser máquina o bestia. En la otra mitad, palabrería, materialismo, ingenuo optimismo sobre lo que en sí representa la nueva barbarie asiática, y, tal vez, miedo a perder mercados.

Y como excepción, España, que queda aislada, sola, combatida por unos y abandonada por otros. Su soledad es un símbolo cuya trascendencia no podemos alcanzar todavía. Se levanta España en esta hora del mundo como un faro altivo que alumbra el camino hacia el seguro puerto. Vuelve a ser luz y guía de pueblos, ofreciéndoles el vivo ejemplo de su unidad católica frente al ateísmo, su unidad política frente al comunismo, su unidad espiritual frente al materialismo. Posee, en contraste con el resto del mundo, una fe, una doctrina y un ideal, fundamentos sólidos que la humanidad precisa para no perecer en la lucha gigantesca de ambiciones que se fragua en estos momentos de incertidumbre.

Seguidamente, el Jefe provincial del Movimiento declaró clausurado el primer curso de los Seminarios falangistas.—S. B. A.

El Museo Episcopal y Capitular de Arqueología Sagrada.

No ha pasado desapercibida la trascendencia que tiene para el arte y para el prestigio de Huesca el decreto promulgado por el Excmo. y

Rvdmo. Sr. Obispo, Dr. D. Lino Rodrigo Ruesca, creando el «Museo Episcopal y Capitular de Arqueología Sagrada de Huesca». Ha sido divulgada la noticia por el Rvdo. D. Valentín Dieste en el diario de Zaragoza «El Noticiero», correspondiente al día 7 de junio del año en curso y, tres días más tarde, por D. Ricardo del Arco en el oscense «Nueva España».

El fin de este Museo fundado por el Sr. Obispo es doble: exponer al público las obras que lo merezcan y salvaguardar el tesoro artístico de la diócesis. Como fácilmente se desprende de la doble finalidad, el plan es de largo alcance y acertado.

Huesca debe agradecer este paso dado hacia la solución de un problema que se hacía sentir a los desvelos de su Rvdmo. Prelado, eficazmente secundado por el Ilmo. Cabildo Catedral. Y aquí es preciso recordar la figura del recientemente fallecido M. I. Sr. D. Estanislao Tricas, que dedicó buena parte de su tiempo, en los últimos años de vida, a la realización del «Museo Catedralicio» que, en virtud del decreto, ha pasado a formar parte del «Episcopal y Capitular». Y es que el «Museo Catedralicio» ha sido el punto de partida para la creación del actual.

Ultimamente se ha visto aumentada la colección con la adquisición de las famosas pinturas murales de Bierge y Yaso, así como por otras que había en la misma Catedral. Ha sido fruto de una labor de rescate y de restauración realizada según los procedimientos modernos de la técnica restauratoria.

Se ha llevado a cabo este trabajo no solamente por afán coleccionista, sino por necesidad. De haber seguido tales pinturas murales en su sitio original, habrían acabado por desaparecer. Basta un golpe que haga saltar una pequeña capa de pintura para que el hueco vaya, poco a poco, engrandeciéndose con la caída constante de fragmentos sin base, como sucedió con las del sepulcro de Juan Manuel de los Campaneros, realizadas alrededor del año 1302.

Aparte de este peligro, cuentan las pinturas murales con otros enemigos: el polvo, que las carcome, como pasó con las pinturas del claustro románico de la Catedral; la luz que, decoloreándolas, al fin las borra; las goteras, que las deforman; la humedad, que las destruye completamente.

Su arranque y restauración han sido encomendados al prestigioso técnico Ramón Gudiol. Su trabajo—muy complicado y que requiere gran delicadeza—ha sido excelente. El resultado ha sido igual que si se hubieran arrancado en bloque los muros de las iglesias que fueron

pintadas y trasladados con toda pureza al Museo Episcopal Capitular. Como son muchos los metros cuadrados de pintura mural pertenecientes al Museo, ha surgido el problema del espacio donde poderlas colocar conforme las normas de la museología moderna. Hacen falta anchas salas, porque de gran tamaño son las composiciones. El Excmo. Sr. Obispo está en la actualidad estudiando con toda atención e interés tal necesidad, prenda segura de que se logrará una buena solución.

En cuanto al futuro de la colección museística se abrigan esperanzas de acrecentarlo aún mucho más. Acrecentamiento que se deberá también a la necesidad de salvar obras de arte que actualmente corren serio peligro. En este caso están las pinturas murales de Liesa, Barluenga y Foces.

En la ermita de Santa María del Monte, en Ibieca, existen unas bellas pinturas murales del siglo XIII-XIV que están ya algo deterioradas por golpes y goteras y una composición especialmente comida por la luz. Además la bóveda ha hecho movimiento, amenazando con desplomarse en un plazo más o menos largo. Lo mismo se ha de decir de las del cementerio de Barluenga.

En la iglesia de San Miguel de Foces hay pintados dos paños de pared en el crucero de considerable extensión. Estas pinturas tienen, puestas en su sitio de origen, la desventaja de recibir intensamente la luz. Es, además, indispensable restaurarlas a base de los eficientes medios modernos, ya que la limpieza que se hizo no fué, seguramente, encomendada a manos expertas, a juzgar por el estado en que se hallan. Lo ideal sería arrancar las de los muros del crucero y las de las tumbas de los Foces. Restaurarlas y llevar las primeras al Museo Episcopal y Capitular, donde serían fácilmente asequibles a los estudiosos. En cambio, una vez restauradas las segundas, se volverían a colocar en los arcosolios para que no pierda la iglesia su carácter de panteón familiar de los Foces.

Si se puede realizar este plan, Huesca contaría con un excelente Museo de pintura mural de transición románico-gótica, lugar de cita obligado para los historiadores del Arte. Esto aparte—así como la fuerza de atracción turística que constituiría—se habría hecho un buen servicio a la cultura.—*A. Durán Gudiol.*

Por San Juan de la Peña.

En la reunión conjunta que el Consejo de la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación de Zaragoza y el Colegio de Aragón